Anna Mallamo
De las sombras me encargo yo

Traducción de Maria Borri

COLECCIÓN
TERRITORIOS

Título original en italiano: *Col buio me la vedo io*
© 2025 Giulio Einaudi editore s.p.a., Torino
Publicado por acuerdo con United Stories Agency, Roma

© Diseño de la colección: Rosa Lladó - Salon de Thé
© Fotografía de cubierta: Matthieu Spohn / PhotoAlto / F1online
© De la traducción: Maria Borri, 2026

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2026
Primera edición: septiembre, 2026

«Este libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación Internacional italiano».

«Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano».

Preimpresión: Moelmo SCP
www.moelmo.com

ISBN: 979-13-87967-31-4
Depósito Legal: B 15497-2026

Impreso en Sagrafic
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

A mi madre y a mí misma, que la repito.

Quien bien te quiere te hará llorar,
Quien te malquiere te hará reír.

Refrán popular

Malasombras

El día en que decidí que iba a raptarlo y matarlo era un sábado de marzo, el mes zumbado. Lo recuerdo muy bien: soplaba un siroco frío, tiempo de malas pulgas. Beatrice me había obligado a seguirlo de cerca por toda la avenida Garibaldi, murmurando, llenándome los oídos de suspiros y agarrándome tan fuerte del brazo que me dejó una marca.

—Volvamos ya —iba diciéndole yo.

—Solo un trecho más de acera —me suplicaba ella, sin despegarse de mí y con los ojos clavados en él, que caminaba por el centro de la calzada, lento, las manos en los bolsillos del abrigo negro.

Negro como un malasombra.

—Es feo —le decía yo, solo para cabrearla. Es fácil darle un disgusto a Beatrice.

—Es feo y guarro —le repetía muy flojito, deslizando la voz por los dientes apretados. Si quieres proteger a alguien, tienes que asustarlo.

Pero ella ni caso; enganchada a mí, me estiraba para que aflojara el paso, para que fuera más de prisa, para intentar esconderse, para significarse, para pasarme un poco de su ansia amorosa, para mantenerse a flote. Todo al mismo tiempo.

—Basta ya. —Tuve que zarandearla y pararme en seco—. Me vas a arrancar la manga.

—Ay, perdóname, perdóname.

Es fácil hacer que Beatrice se sienta culpable.

—Me he hartado, voy a la parada del bus —le dije, alisando el anorak. Era precioso, aunque estuviera gastado y demasiado rojo: el anorak preferido de tía Rosa, la tía chica, la más joven, la tía robada. Cuando lo había sacado de su armario, y eso que nadie la nombraba ya a la tía Rosa y nadie tocaba sus cosas, mamá me había mirado de mala manera, y cada vez que me lo ponía me llegaban a oleadas sus ganas de hacerlo añicos con las tijeras grandes, las que usan los sastres; más aún, con las de la diosa que corta el hilo de la vida, una de las Parcas, la que va más sobrada de las tres. En mi libro de mitología —la tía Rosa decía que ahí dentro estaba todo y tenía razón— ese capítulo lo tenía yo lleno de subrayados y dibujitos.

—Vale, lo siento —contestó Beatrice desconsolada, con las gafas resbalándole por la nariz. La miré y en ese preciso momento oí un golpe, fuerte, y tras un instante de silencio un griterío confuso y gente corriendo: él estaba tumbado justo en medio de la calle, con un agujero rojo en la frente, el rostro estupefacto, los brazos abiertos en cruz.

«Amén», estuve a punto de decir, y cabe que incluso lo dijera. Beatrice me contestó con un simple «¿Qué?», agarrándome de un brazo y dándome una sacudida. No había habido ningún disparo y no se veía a nadie tumbado en el suelo con la frente manchada de sangre: me había

quedado papando moscas, abstraída en una escena que había inventado yo en uno de mis dichosos desenlaces alternativos. Cosas que pasan solo dentro de mi cabeza.

—Amén, amén —le dije—. Total, ya sabemos adónde va: pa'rriba —concluí, mientras él se esfumaba entre el gentío y el siroco.

Se lo solté mal y pronto por desdén y prepotencia. Nos tenían prohibido usar palabras groseras mezcladas con el dialecto. Nuestros padres no querían, pues según ellos así era como hablaban los pobres y los pueblerinos, y nosotros éramos jóvenes y gente de ciudad, pero nos gustaba. Era la jerga de los adultos; la espiábamos en sus labios, nos apropiábamos de ella a escondidas y la usábamos para lo mismo que los mayores: para joder al prójimo o disimular ciertas cosas, igual que ellos.

Beatrice había suspirado un «Sí». Era el día en que Rosario, el hijo menor de Rocco, de la familia Cristallo, volvía a su casa, un refugio escarpado en el Aspromonte, protegido como un bastión y oscuro como un santuario.

Ella se había enamorado porque él se pasaba la vida pa'rriba, llevaba siempre el abrigo negro y no hablaba con nadie. De su padre decían que era un malparido y tenía mando en plaza en el monte. Por eso lo odiaba yo.

Beatrice no se enamoraba nunca de una persona: solo de habladurías, gestos, prendas, palabras y talante. Aunque quizá una persona sea precisamente eso, o el amor sea eso. El odio también.

Habíamos dejado el instituto tras cuatro horas de clase, y eso siempre le alegra a una, aunque hubiéramos tenido física, química y dos horas mortíferas de italiano. Se le daba muy bien, a nuestra profesora despeluchada, hacer de la literatura una asignatura odiosa. Por suerte nos quedaban los libros de tía Rosa y las novelas de tía Paolina, una reserva infinita que ella guardaba en el armario de los colores. Los volúmenes olían a témpera y aguarrás, y cabe que los sentimientos para nosotras tuvieran ese olor a disolvente e hidrocarburo que te cierra la garganta y provoca lagrimeo. Nos gustaba pasar mal rato, a Beatrice y a mí.

Por aquellos días yo estaba enamorada de un fascista de pelo moreno y ojos egipcios, el más delgado del grupo. Cuando pasábamos por la esquina de la Avenida donde se reunían ellos, cerca del bar con nombre francés, era casi imposible no mirarlo, tirar pa'lante con los colores subiéndome a la cara y la boca seca. Ellos se tiraban todo el día ahí, mirando a la gente que pasaba y fumando, con pinta de mandamases y guardianes. La ciudad entera les pertenecía. Rozaban el ridículo, pero a nosotras nos parecían muy machos y majestuosos.

Antes a Beatrice le gustaba el jefe de la banda, Sparviero, uno de napias largas, el pelo peinado hacia atrás y las gafas americanas con los lentes negros, que no podías verle los ojos hundidos y muy juntos. Era el único que llevaba pantalones de piel y la camisa negra bien planchada, siempre. «Detrás de cada hombre que va por ahí haciéndose el gallito, hay una mujer que le plancha las ca-

misas», decía la abuela. Él marchaba capitaneando el grupo, y cuando se trasladaban del bar a la esquina del Teatro Comunal, aquello parecía una migración de cuervos, una oleada en el continuo ir y venir de parroquianos. La ciudad era una selva y un mar, y la Avenida nos parecía, a Beatrice y a mí, una pasarela muy estrecha por donde podíamos caminar sin que nadie nos viera.

A mí me gustaban los esmirriados o medio rengos, estrechos de hombros y de porte inestable. Sinuhe, que así le decíamos nosotras, era uno de esos, pero debía de ser un tipo inteligente porque Sparviero siempre le hacía caso, aunque tuviera cuerpo de chiquilla y ni siquiera llevara ropa negra. De todos ellos, era el que menos apabullaba.

Beatrice era víctima de enamoramientos repentinos, dramáticos: cuando apareció Rosario, Sparviero se esfumó en un santiamén. Le daban tembleques, tenía la piel demasiado clara, el rostro demasiado húmedo y unas gafas demasiado grandes que resbalaban, así que se pasaba todo el rato recolocándolas en la nariz. Las cosas, da igual lo que fuera, no encontraban asidero en Beatrice y se escurrían pa'bajo, como las gafas, las horquillas metidas en su pelo fino, la luz. Principalmente la mirada de los varones, que sobrevolaba nuestros cuerpos como si no existiéramos: yo también formaba parte de la burbuja de Beatrice, invisible como ella, aun llevando tanto color rojo encima, y también por eso éramos muy amigas. Porque nadie podía vernos.

Rosario iba a nuestro instituto. Cursaba el último año y nos parecía un hombre hecho y derecho. Él también

siempre llevaba ropa negra, pero era el negro del luto, ese negro que se come la luz. Habían muerto un montón de parientes suyos, incluso el hermano mayor, el heredero del imperio. El padre, Rocco, hijo de Gaetano, hijo de Rocco, era prófugo de la justicia, que es tanto como decir ubicuo: un prófugo no ha desaparecido, sino que puede estar en todas partes. Y seguían viéndolo en todas partes: cerca de su casa, en el bastión de la colina quemada, en la avenida Garibaldi, en Suiza, en la procesión, en Busto —es decir, Busto Arsizio, donde hay una colonia de gente del Aspromonte, pero con decir Busto ya nos entendemos—, en la iglesia. Se decía por ahí que vivía en una cueva subterránea, con un pozo para que entrara la luz y un escusado donde tenías que cagar en cuclillas, pero corría la voz de que recibía a la gente en la sala principal del alcalde de su pueblo. También, que por la noche se le veía deambular por el bosque de las hadas o asomado a la ventana cuando pasaba la Virgen, en agosto, y que correspondía a la reverencia doblando un poco la cabeza.

Ahora, mientras Rosario iba por la Avenida principal, Beatrice, pegada a mí como una lapa y con el corazón en un puño, no despegaba la vista de su abrigo, confiando en que Rosario se girara, temiendo que Rosario se girara, rezando para que Rosario se girara. Yo caminaba tiesa como un palo, sin mover un músculo, en mis ojos la mancha clara de la camisa de Sinuhe, una sensación de quemazón que nacía debajo de la piel. Con el único deseo de quedarme quieta y mirarlo y decirle algo, algo como un trueno o un terremoto. Con el único deseo de huir,

huir hasta la casa de mi abuela, dejarme caer en el escalón ancho de piedra y mármol y quedarme ahí, apoyada en la pared, hasta convertirme en muro, piedra, mármol, casa.

«Vaya par de idiotas», pensaba, y cabe que incluso lo dijera; total, Beatrice no me hacía caso. Pero yo le estaba agradecida por agarrarse a mí, y yo agarrándome a ella para sostenerla: dos idiotas náufragas y borrachas.